

Indagaciones y senderos de la geografía

Maria Laura Silveira

CNPq-Universidade de São Paulo, Brasil

laurasil@usp.br

Resumen

En este ensayo proponemos una reflexión sobre corrientes y trayectorias de la geografía, enfatizando en diversas formulaciones sobre su objeto y método, la sustitución y proposición de conceptos, la visibilidad y la utilidad de los discursos geográficos. De forma general, buscamos relacionar, a partir de la ciencia moderna, algunos datos importantes tanto de la historia política y social como los principales debates filosóficos, las sucesivas expansiones del mundo europeo y del saber, la industrialización y el imperialismo y las discusiones del siglo XX. Finalmente, presentamos una breve reflexión sobre algunos dilemas actuales de la disciplina en una época de creciente especialización.

Palabras clave: corrientes de la geografía, método, historia de la geografía

Abstract

In this paper we propose a discussion about some trajectories of geography, emphasizing diverse formulations of its object and method, the substitution of concepts, the visibility and the utility of the geographic discourses. We treated some important data of political and social history, as well as the main philosophical debates, from modern science, the successive expansions of the European world and the knowledge, industrialization and the imperialism and the discussions of 20th century. Finally we displayed a brief reflection on some present dilemmas of the discipline in a period of increasing specialization.

Keywords: Currents in geography, history of geography

FECHA DE RECIBIDO: 11 de octubre de 2006. FECHA DE APROBACIÓN: 30 de noviembre de 2006.

CUADERNOS DE GEOGRAFÍA 15, 2006, ISSN: 0121-215X. BOGOTÁ, COLOMBIA. PP. 7-19.

© 2006 Departamento de Geografía - Universidad Nacional de Colombia
Ciudad Universitaria, Bogotá D.C., Colombia

SABER MUY ANTIGUO y muy nuevo, la geografía ha recorrido largos periodos de formación y de crisis. Ciertas categorías permanecieron y se fortalecieron en su cuerpo teórico, otras fueron desechadas al mismo ritmo que nuevas ideas eran incorporadas. Para enfrentar este tema, podríamos reflexionar sobre lo que es la geografía, analizando momentos decisivos de la historia de la disciplina y, por fin, proponer algunas cuestiones relevantes en el debate contemporáneo.

¿Qué es la geografía? ¿Qué es el espacio geográfico?

Podríamos decir que el espacio geográfico resulta, *grosso modo*, de la convergencia de la historia del planeta y de la historia de la humanidad. Es, al mismo tiempo, proceso y resultado, y de allí los infinitos desafíos y límites en sus diversas definiciones. Proceso inacabado, resultado imperfecto a lo largo de los siglos, el espacio y su aprehensión fueron desafíos constantes de la historia de las ideas.

A cada mundo pretérito, una o más geografías. A cada momento del pasado, una ontología, una realidad que debía ser explicada, una explicación que debía ser útil. Cuando buscamos aprehender no sólo la historia de la geografía, sino, sobre todo, la historia de los conceptos, las teorías y los instrumentos, en definitiva, las sucesivas formulaciones del objeto de la disciplina, estamos realizando un esfuerzo epistemológico.

¿Cómo fue pensado el objeto de la geografía a lo largo de la historia? ¿Qué lenguaje e instrumentos fueron privilegiados? ¿Podríamos también indagar cuál fue su utilidad en cada momento histórico? El mundo de las grandes navegaciones, el mundo de la motorización, el mundo de la industrialización y el mundo de la globalización han sido objetos de un saber que han permitido la construcción de un vocabulario y la elaboración de algunas teorías.

Históricamente, la geografía no fue un pensamiento sobre el pensamiento, sino un pensamiento sobre las cosas. Tampoco una disciplina cuya úni-

ca pregunta –cautiva y segura– sea “¿dónde?” Al contrario, su preocupación va más allá, pues procura reflejar cómo, dónde, quién, por qué, para qué y para quién es producido y usado el espacio.

Así, tal vez, alcanzaremos una teoría –o varias– sobre el espacio. Nuestra intención es, partiendo de nuestra disciplina, contribuir a la formulación de una *teoría social*. Por lo tanto, es imprescindible preguntarse sobre lo que allí está, sobre lo que existe y sobre cómo funciona para poder imaginar nuevas combinaciones.

La ciencia moderna y el discurso geográfico

Sin olvidarse de las indagaciones filosóficas sobre la Tierra, tantas veces geográficas, nacidas en el mundo antiguo y en el mundo medieval, mencionamos aquí ciertos marcos significativos en el intento de reconstruir algunas trayectorias.

La llamada revolución científica, a lo largo de los siglos XVI y XVII, cuyo resultado fue la formación de la ciencia moderna, significó, entre otras cosas, la sustitución del saber filosófico-teológico por el saber práctico. Una división del trabajo que llevará a la coexistencia de saberes prácticos y saberes filosóficos. Es en ese marco que se expande el mundo conocido y, consecuentemente, el *ecumene* de los europeos. Tierras y pueblos son precariamente inventariados, autorizando la producción del saber sobre la vida en otros mundos.

Lo que de ahora en adelante va a dar a la ciencia la última palabra es su método. Observación, experimentación y formulación de leyes revelan la fuerza de la inducción y la incontestabilidad de tal práctica social. Corre en paralelo el desarrollo de las ciencias naturales –ahora la naturaleza es vista como una máquina en un universo heliocéntrico que procura ser explicado por la matemática–. Gradualmente, el saber logo-teórico cede su lugar al saber científico-matemático, la contemplación y el lenguaje común son insuficientes a los ojos de una ciencia activa y técnica. Es el advenimiento de

los racionalismos y empirismos en los siglos XVI y XVII.

En el albor de la ciencia, Varenio (1974) agrupa los estudios sobre la forma, la magnitud y los movimientos del planeta, expresados en relaciones y lenguajes matemáticos, bajo la denominación de *geografía general*, mientras que reserva el nombre de *geografía especial* para la descripción de países. En ese esfuerzo de clasificación, que no era ajeno a las reflexiones heredadas de la Grecia antigua y recuperadas gracias a la civilización árabe, podemos tal vez reconocer el origen de una importante dicotomía actual cuya existencia es, como vemos, anterior a la institucionalización de la disciplina. Otras cuestiones se revelaban ya en aquel mundo pasado: la formulación de leyes y la delimitación de las porciones a investigar. En ese desarrollo del pensar matemático no sorprende que la cartografía haya alcanzado una etapa más avanzada gracias, sobre todo, a la corrección de los errores en las coordenadas geográficas y en las proyecciones, ahora teniendo la certeza de la esfericidad de la tierra.

Por esas razones, la utilidad del discurso geográfico era, en gran parte, la producción de mapas e inventarios. En definitiva, la geografía nacía como ciencia de Estado, ligada a la burguesía y preocupada por el encuentro de equilibrios en las complejas ecuaciones de población, alimentos y recaudación de impuestos.

Nueva expansión de los horizontes conocidos en el mundo y en la ciencia

Más tarde, el mundo europeo vive un periodo de nueva expansión de horizontes, tanto en el espacio como en la ciencia. Es el siglo XVIII el que atestigua las expediciones en tierras lejanas gracias a los progresos en los sistemas técnicos. Paralelamente, la primera revolución industrial inglesa tiene el papel de cambiar las configuraciones territoriales nacionales al ritmo de la industrialización y de la urbanización. Francia, que continúa rural, ve crecer un movimiento intelectual, cuya confianza en

la razón y cuya fe en el progreso parecen indelebiles. La creación de un nuevo género científico-literario –la Enciclopedia– atravesará los siglos y será la impronta en la formación de las sucesivas generaciones en el centro del sistema mundial y en las colonias. De modo más o menos difuso, la geografía va escalando una posición en el concierto de los saberes que deben ser enseñados a los jóvenes en una educación que se universaliza. Es el periodo conocido como iluminismo, cuyas explicaciones comprensivas ya no pinzan únicamente lo racional ni afirman solamente lo comprobable, explicaciones que parecen, aún hoy, acompañarnos.

Esa búsqueda de englobar todo como única forma legítima de producir el conocimiento des-punta como antesala del positivismo. El espíritu de la época, sumado al importante desarrollo de las ciencias naturales, tuvo impactos seculares en la geografía. La geología de Buffon, la clasificación de plantas y animales de Linneo y el advenimiento de las ciencias sintéticas como la historia natural son algunos hechos ilustrativos. No podemos olvidar que a la discusión sobre la delimitación de las porciones de la Tierra a describir, que ya había conocido la división de las parroquias y de los países, se agrega la propuesta de Buache y la noción de cuenca fluvial. Éste es el nuevo criterio de regionalización, cuya persistencia en la historia de la disciplina nos parece, igualmente, evidente.

Como ciencia de Estado, la geografía se torna fundamental, crecientemente acompañada por la recién nacida estadística. Aún sin recibir el nombre de política, la geografía pasa a serlo, en un contexto en el cual los determinismos se fortalecían en la vieja filosofía y la joven economía política comenzaba a testimoniar el debate entre fisiócratas y economía clásica. Así, por un lado, el comportamiento y la política de los pueblos encontraban una importante base de explicación en la historia natural de los lugares y, por otro lado, la agricultura y el *laissez faire* buscaban los equilibrios entre producción de alimentos y población, entregando así a la nación una dimensión más de soberanía –la soberanía alimentaria–. Del otro lado del ca-

nal, Inglaterra, cuya revolución industrial se fortalecía, insistía en la creación de riqueza a partir de la transformación; su dominio colonial aseguraba la posesión de las tierras que suministraban los alimentos para la metrópoli, al tiempo que la mano invisible del mercado, defendida por Adam Smith, confrontaba, discretamente, con las ideas maltusianas. La administración centralizada de los territorios nacionales y de sus colonias contribuía, de ese modo, a la formación de una geografía moderna, ya poseedora de un vocabulario y celeridad por conocer su institucionalización.

No obstante, en Alemania se gesta un movimiento al mismo tiempo contemporáneo y diferente del iluminismo: la llamada filosofía crítica o trascendental. El sistema filosófico de Kant tendrá impactos extraordinarios en la geografía, a la vez que sellará la concepción de espacio como categoría *a priori* del pensamiento. Una visión geométrica que perdura hasta hoy puede, sin duda, encontrar sus raíces en esa discusión. Más que un producto de la historia, el espacio es visto como una forma de clasificar los contenidos de la experiencia.

Paralelamente, la cuestión central parece ser: ¿es posible un conocimiento natural (no teológico) de la historia? Y la insatisfacción del romanticismo alemán frente a un mismo método para la naturaleza y para la historia crece amparada, ciertamente, en la conciencia de la historicidad que Herder expresará con belleza. El camino estaba abierto para la propuesta hegeliana del método dialéctico. Un marco de la historia universal de las ideas será, exactamente, el movimiento de la razón que podrá ser analizado a partir de la tríada tesis, antítesis, síntesis.

Se puede decir que estamos frente a la geografía moderna. Sin embargo, mientras se expone el gran método de los saberes históricos, la geografía se institucionaliza reforzando su vocación descriptiva. Fundadas en el método científico, las denominadas ciencias naturales inician un camino ascendente de descubrimiento de las dinámicas de la naturaleza y de formulación de leyes. Un ir y volver de la realidad al laboratorio garantiza los

fundamentos de su científicidad. Los saberes históricos comienzan a liberarse de la estratagema de lo único o lo general, a partir del descubrimiento del movimiento de la razón. La geografía parece quedar a mitad del camino. La implantación de las primeras materias de geografía y la fundación de las primeras sociedades geográficas en el inicio del siglo XIX, marco de la institucionalización de la disciplina, sustituyen la pretensión de formular leyes para la elaboración de principios y consolidan su vocación por los inventarios.

Existe cierto consenso en atribuir a Humboldt y Ritter la responsabilidad por la sistematización de la geografía moderna. A Humboldt (1982) debemos la insistencia en el valor de la observación, los principios de la causalidad y de la geografía general y el uso del concepto de paisaje en las descripciones y explicaciones que él mismo llamó *empirismo racional*. La naturaleza, como unidad armoniosa, es recurrente en el pensamiento de ambos, pero en Ritter (1982) va a ser explicitada como la necesidad de encontrar el orden que yace en el desorden aparente. Tomando los continentes como unidades regionales, Ritter propone una geografía de países, un enfoque regional cuyo corolario será lo que él denominó *geografía comparada*.

El periodo de la industrialización y del imperialismo y la geografía moderna

Ya a mediados del siglo XIX, Inglaterra, potencia industrial y urbanizada, pasa a ser el emblema del capitalismo; en éste, las contradicciones no se hacen esperar. Revoluciones operarias y formación de asociaciones internacionales de trabajadores van a esbozar el nuevo mapa de Europa, que se completa con el denominado pacto colonial. La periferia, constituida por América, África, Asia y Oceanía, suministrará, al mismo tiempo, materias primas y mercados. En ese nuevo orden, el papel del conocimiento ya se preanunciaba y las sociedades geográficas podían propiciar las fórmulas más eficientes de control de la naturaleza y los inventarios de las

colonias. Alemania, excluida del banquete imperial en la periferia, centraba sus preocupaciones territoriales en el propio continente.

Ésa fue la época en que coexistieron tres debates cuyas ideas serán, tantas veces infaustamente, incorporadas a la geografía. Utilizando el método dialéctico, el materialismo histórico pondrá énfasis en la historicidad de las categorías y tornará centrales, en su esquema explicativo, el trabajo y la técnica, las fuerzas y los medios de producción, las relaciones de producción, la propiedad y la lucha de clases.

El positivismo de Comte va a retomar la idea de una base matemática de la ciencia, cuya clasificación deberá ser hecha a partir del objeto. En la elaboración de una física social o sociología, la historia será considerada un laboratorio. El peso del científicismo renovado fue tan grande que, aun cuando la geografía buscó apropiarse de categorías del materialismo histórico, el método positivista participaba con fuerza de las elaboraciones. Éste es el segundo debate a que nos referimos.

Finalmente, la teoría de Darwin, difundida con el inapropiado nombre de *evolucionismo*, incorporaba la idea de descendencia con modificación, largamente elaborada pero nunca formulada con tal claridad y sistematicidad. El papel de lo aleatorio era destacado como dato de la relación de la especie con el medio. Concepto caro a la geografía, el medio adquiere ahora una verdadera definición científica y, con ella, su permanencia en la disciplina.

Buena parte del siglo XIX es, para la disciplina, el siglo de las geografías coloniales, de las geografías imperiales, de la geografía política. Se consolida un vocabulario autorizando la formación de conceptos. El método científico parece, finalmente, alcanzable por el trabajo de campo, que pasa a ser el laboratorio de los geógrafos. El valor de la cartografía como recurso central en la presentación de los resultados completa el cuadro de una ciencia nueva que es, en realidad, uno de los más antiguos saberes.

En el final del mismo siglo, Ratzel (1990a; 1990b) elabora una sólida teoría de doble vertiente: la an-

tropogeografía, interesada en explicar la relación medio-hombre, y la geografía política, que procura comprender la relación entre el Estado, el pueblo y el territorio. Mientras la primera es, en verdad, la geografía del pasado –el mundo de nuestros ancestros–, la segunda es la explicación de la forma contemporánea de tal relación –el mundo imperial–. Enorme es la relevancia del tiempo en el esquema ratzeliano. Queda claro el objeto de la disciplina: el hombre en correlación con el suelo que lo abriga, es decir, el estudio de las influencias externas en los organismos, las relaciones de poder y la propiedad. Las influencias de la naturaleza sobre el hombre emigran con él (de allí la incapacidad de reconocerlas). No estamos, sin embargo, autorizados a negarlas. Ése es el proceso de formación del territorio, aquella porción de la superficie de la tierra apropiada por un grupo humano.

El territorio es absolutamente necesario para la existencia de un Estado, cuya potencia y solidez están directamente ligadas a su posesión. Cuando tal porción es insuficiente para la reproducción de su población, se luchará contra otros Estados o contra la misma sociedad: expansionismos o frenos al crecimiento de la población. Es el espacio vital en cuestión. Utilidad política y coherencia teórica asegurarán largos años de vida a esa propuesta. Con base en el método de las ciencias de la naturaleza, el discurso en defensa del proyecto imperialista se volvió central en ese momento histórico y posibilitó, más tarde, la formulación del pensamiento geopolítico de Haushofer, aun cuando el término *geopolítica* hubiese sido propuesto en el inicio del siglo XX por Kjellen.

Mackinder (1982), en Inglaterra, será quien elabore la propuesta de una geografía política racional sobre las bases de la geografía física, propiciando, de ese modo, la posibilidad de recorrer los pasos de la observación, comparación, clasificación y formulación de leyes. El geógrafo inglés reconocerá *áreas pivote*, que serán un dato para las discusiones sobre la construcción del poder.

Evidentemente, no podemos olvidar las llamadas geografías libertarias, denominadas, por otros, anarquistas, de quien Reclus (1985) fue el principal

representante. Quizás la idea seminal del autor fue la de entender cada periodo de la vida de los pueblos como una transformación de los medios geográficos, proceso oculto por la idea de raza. Utilizando los procedimientos del método científico, se examinaban las necesidades de existencia, como el modo de alimentación, la habitación y la vestimenta. Tal conjunto de condiciones materiales actúa y reaccúa sobre el modo de sentir y pensar y, de ese modo, propone Reclus, se crea la civilización. Ese proceso, sin embargo, enfrenta el problema de la propiedad, que puede crecer indefinidamente y es uno de los fundamentos de la lucha de clases. El propósito de ese discurso fue, ciertamente, la denuncia del dominio de una clase sobre otra.

Aun cuando el término *antropogeografía* o *geografía humana* hubiese sido propuesto por Ratzel y en Francia fuese objeto de fuertes críticas por parte de Vidal de La Blache (1922, 1954), es a menudo con ese rótulo que se conoce la obra del autor francés. En un rico diálogo con la geología, el historiador va a elaborar su teoría regional, al mismo tiempo que defiende el principio de la unidad terrestre, es decir, la Tierra es hecha de partes coordinadas, fenómenos encadenados y que obedecen a leyes generales. En esa unidad, el concepto de medio se destaca como central: aquella tela que nos envuelve, en la cual se da la cohabitación y la correlación recíproca de los elementos. Se crean, de esa manera, modos de existencia ligados al medio y, por eso, el hombre debería ser considerado como factor geográfico pasivo y activo. Su vida está intrínsecamente vinculada a las condiciones de la naturaleza que, entre tanto, no son ineluctables, pues la acción humana resulta de una elección entre posibilidades. De allí la expresión de Lucien Febvre (1949) atribuyendo a Ratzel y sus seguidores el rótulo de *deterministas*, y a su maestro y escuela el nombre de *posibilistas*. Usada hasta el cansancio, y retirada de su contexto germinal, tal frase se volvió clasificatoria y poco –o nada– explicativa.

Regresemos a la vertiente regional, cuyo peso era central para Vidal de La Blache (1999), inspi-

rándole una frase, tornada célebre, pero esta vez acuñada por el propio maestro: “La geografía es la ciencia de los lugares y no de los hombres”, en clara alusión a la propuesta de Ratzel. Las leyes generales que pueden ser formuladas para la Tierra como un todo tienen arreglos diferenciados en las regiones, que deben ser descritos, definidos y explicados. Por lo tanto, dos procedimientos científicos se tornan irrefutables: las excursiones y la cartografía. Herencia de las ciencias naturales, sobre todo del trabajo de Gallois (1908), el concepto de región proporciona a Vidal la inmutabilidad que precisaba para desarrollar su esquema. Sobre un pedazo de tierra, definido por las condiciones geológicas, un grupo desarrolla un modo de vida particular, en otros términos, una técnica, hábitos, propiedad, lazos de familia, de raza y de derecho. Tomado de Le Play, el modo de vida, categoría externa de la geografía, se vuelve una categoría interna con el nombre de *género de vida*. Así es llamada la acción metódica del grupo en un dominio natural que muda su paisaje. La región natural se transforma en región histórica y, así, una cierta sinonimia entre región, paisaje y género de vida queda garantizada.

El estilo científico-literario por excelencia era la monografía regional; los más bellos trabajos serán los de sus discípulos Demangeon, Blanchard, Vallaux, Sion y Sorre, entre otros. Un marco en la producción del conocimiento, cuya legitimidad aún parece indiscutible. Ese género adquiriría más fuerza cuanto más la geografía quería diferenciarse de la pretendida amenaza de la morfología social de Durkheim y Gauss (Capel, 1984). La opción por el estudio de lo que es único se alimentaba por el trabajo de campo con la observación del paisaje en la escala regional. Vista como ciencia ideográfica, la geografía permitía establecer también el famoso puente entre el conocimiento de la naturaleza y el conocimiento de la sociedad. Esa teoría geográfica perfeccionaba la defensa de la Francia rural, al tiempo que se concebía un criterio clasificatorio para las colonias. La empresa de la colonización era, así, legitimada: una verdadera geografía de Estado, ligada a las clases conservadoras.

Nuevas teorías para el complejo mundo del siglo XX

Fue en la década de 1920, con Passarge en Alemania y Carl Sauer en Estados Unidos, cuando la geografía cultural adquiere visibilidad y viene a enriquecer el debate. El diálogo con la etnografía y la antropología trajo nuevos contenidos a la disciplina que, sin embargo, no desprecia las contribuciones de la llamada geografía física. El método evolutivo, específicamente histórico, dirá Sauer (2000), debe incluir la observación directa de campo, cuyo fundamento es la técnica morfológica tomada de la geografía física. Para ese autor, ningún campo verdaderamente científico podía expresarse por medio de una relación causal particular, y la tarea de la geografía era, por consiguiente, el entendimiento de la diferenciación de la superficie de la Tierra en áreas. Cada cultura crea un tipo particular de paisaje que es, según los fundadores de esa corriente de pensamiento, el resultado material de las diversas formas de alimentación y de religión, de los instrumentos agrícolas, de las creencias que influyen los comportamientos, de las decisiones de localización de la morada, de las prácticas de trabajo y de las relaciones sociales y culturales. Ni territorio ni región; el objeto de la geografía es ahora definido como paisaje cultural.

Se consolida también, en la primera etapa del siglo, la propuesta corológica ya esbozada por Hettner (2000) y ampliada por Hartshorne (1966, 1972). En contraposición con la concepción de Sauer, la corología consideraba que, lejos de ser determinado por los materiales estudiados, el carácter unitario de la geografía era asegurado por el método de estudio. Su materia específica está dada por las áreas de la Tierra, en la medida en que difieren unas de las otras. Concepto privilegiado, el área resulta, sobre todo, de la elección y delimitación del investigador a partir de los datos levantados. La región no aparece como realidad objetiva externa. En la visión de Hartshorne (1972), la variación espacial es el sinónimo más claro de las diferencias entre áreas.

A la ecología humana debemos la entronización del tema de las relaciones entre los grupos humanos y el medio natural en los últimos decenios del siglo XIX. Ésa fue una herencia acogida por la geografía en su conjunto. No obstante, la ecología humana daba centralidad a la categoría de ecosistema. Los llamados geógrafos físicos se valieron de esos postulados para avanzar en la discusión de los ecosistemas naturales de la superficie terrestre y, al mismo tiempo, los geógrafos humanos utilizaron profusamente las nociones de ecosistemas rurales, de ecosistemas naturales afectados por actividades no agrarias y de ciudad como ecosistema. Cuando en 1923 Barrows asevera que la geografía es la ciencia de la ecología humana y que, como tal, debe hacer evidentes las relaciones existentes entre el medio natural y la distribución de las actividades humanas, estaba propiciando la posibilidad de uso de nuevos conceptos como disputa, dominio, invasión y sucesión en la formulación de teorías sobre la estructura urbana. Fue lo que hicieron Park y Burgess.

El debate sobre la geografía social, cuyos antecedentes pueden ser encontrados en Alemania, Francia, Inglaterra y Estados Unidos ya en la primera mitad del siglo XX, conduce a un estudioso como Cappel (1984, 67) a preguntarse si habría una geografía humana no social. Y de allí, en ocasiones, la identificación entre una geografía humana y una geografía social. A menudo entendida como la distribución en el espacio de los fenómenos sociales o como visión de la sociedad como grupos espaciales, esa geografía se preocupaba en reconocer funciones y demandas de espacio. Mientras tanto, para otros, se trata de un verdadero ramo de la geografía humana, una geografía más preocupada por la sociedad misma y las relaciones sociales y menos –o nada– por sus resultados materiales, incluyéndose, principalmente a partir de los años setenta, los análisis sociales de la vivienda, de la pobreza, del desempleo, de la delincuencia, la geografía electoral, los conflictos raciales y las organizaciones religiosas, entre otros.

En los Estados Unidos y en Europa, la crisis de la década de 1930, resultado de la quiebra de Wall

Street en 1929, cuestiona, de algún modo, el liberalismo económico (Benko, 1999). Hay un reconocimiento del importante papel del Estado en la organización de la economía, de la sociedad y del territorio. Las ideas de Keynes adquieren visibilidad y la intervención del Estado se torna un *leitmotiv* de las políticas, tanto en los Estados Unidos como, sobre todo, en Europa, que inicia el proceso de reconstrucción después de las grandes guerras. Se anhela una sociedad más justa y más próspera, al tiempo que se constata que crecimiento demográfico, urbanización y crecimiento económico son procesos capaces de crear profundas diferencias entre las regiones. La organización del territorio y el planeamiento regional pasan a ser campos de investigación, estudio y acción aptos para crear las herramientas que ayuden a reducir las desigualdades socioespaciales.

Las relaciones entre economía y poder público son, ahora, vislumbradas como un problema. La cuestión regional es formulada en el seno del reconocimiento de la heterogeneidad y desigualdad espacial en los países aún en crecimiento. En ocasiones se persigue equivocadamente la homogeneidad espacial, el keynesianismo identificado con la batalla por la justicia espacial. En consecuencia, se discute el problema del concepto de región y de su operacionalidad, necesaria también para los “técnicos” y para los políticos. Una profusión de respuestas, siempre inacabables, siempre incompletas, se verifica en la economía, en el Estado, en la geografía.

Son tiempos de elaboración de la ciencia regional, de la economía espacial, del análisis regional, cuando los esfuerzos de abstracción, ahora amparados en una fuerte base matemática y económica, contribuyen para, nuevamente, geometrizar el espacio. Los especialistas formulan leyes fundamentales de distribución de actividades en el espacio y propuestas de desarrollo inspiradas en la preocupación por las disparidades económicas entre las regiones de un país. Walter Isard –fundador de la ciencia regional– es uno de los más importantes pensadores en el trabajo de temas como movilidad

de capitales e inversiones, decisiones de localización de empresas y su relación con el crecimiento económico, con la urbanización, con la industria, con el desarrollo y con la agricultura. Los conceptos de economías externas y economías de escala pasan a explicar densidades y nexos hasta entonces poco trabajados. Y en el camino de la operacionalización del concepto de región, Perroux y su discípulo Boudeville, cuyas obras se vuelven referencias para el ejercicio del planeamiento en América Latina, van a proponer una operacionalización y una tipología: región homogénea, región polarizada y región programa. En Brasil, la aplicación de tales conceptos fue, no obstante, precedida por el concepto de región natural. En 1941, Fabio de Macedo Soares Guimarães, en el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística, elaboró, a partir de las obras de Ricchieri y de Delgado de Carvalho, la primera regionalización brasileña.

Es en ese contexto político y filosófico donde vemos emerger, vigorosamente, la geografía económica, notablemente con excelentes trabajos sobre geografía industrial. De inspiración marxista, esas investigaciones y reflexiones atribuían gran fuerza a los factores económicos. En Francia, Pierre George fue uno de sus principales constructores. Líneas de larga data y tradición que ganaron relevancia y visibilidad a mediados del siglo en Europa Occidental, como la geografía política, la geografía urbana y la geografía de la población, fueron, todas ellas, estudiadas en la Unión Soviética y después en Cuba, en el campo de la geografía económica.

En el debate de la denominada geografía física es preciso considerar el abordaje sistémico que en los años setenta permitió a un pensador como Anuchin profundizar la idea de la geografía física como un todo. No obstante, en 1963, Sochava ya había propuesto, en la Unión Soviética, el concepto de geosistema. Fue así como nació una discusión, que va a durar algunos años, entre sus seguidores y los defensores de la noción de ecosistema. Mientras que el ecosistema parte de considerar la energía solar y las transferencias bioquímicas, el geosistema

perfecciona la idea con las energías ligadas a la gravedad, las migraciones de masas aéreas, hídricas, orgánicas y minerales, bajo efecto de energías cinéticas (Rougerie y Beroutchachvili 1991). De allí la superioridad conceptual del geosistema, argüían sus propulsores, pues el mismo interés es depositado en todos los elementos del sistema, sin tener *a priori* un enfoque biocéntrico.

Es necesario recordar el conocido y más antiguo debate entre la geomorfología dinámica –estudio de procesos particulares–, la geomorfología climática –complejo total de los procesos actuales en su cuadro climático– y la geomorfología climatogénica –análisis de todo el relieve, incluidas las formas ajustadas al clima actual y producidas por climas anteriores–. Además, se debe señalar, en los años setenta, la discusión, de raíz positivista, entre abordajes funcionales, entre fenómenos explicados por regularidades repetidas y previsible, y abordajes realistas, mecanismos y estructuras en los procesos ambientales.

Un decenio más tarde, se hace visible la influencia de una teoría preocupada con los umbrales del catastrofismo y del uniformismo. Coates y Viteck fueron, quizás, sus máximos representantes al proponer las ideas de los límites críticos, condiciones límites y puntos de rendimiento.

Sin embargo, lo que no puede dejar de ser asentado, como nos recuerda Gregory (1985, 1992), es una creciente preocupación, en esos años, por edificar una geografía física más unificada y menos ramificada.

Dentro de las novedades del siglo XX, señalamos las importantes contribuciones de una geografía del tiempo, propuesta, por un lado, por Nigel Thrift y, por otro lado, por Hägerstrand (1962) con su geografía de la difusión de innovaciones. Los partidos metodológicos del geógrafo sueco fueron significativos, pues permitieron diseñar en el territorio las líneas de avance de las innovaciones tecnológicas, que nos autorizan hoy a pensar también el papel de las normas, con sus permisos y sus prohibiciones, en la difusión de objetos y formas de hacer.

Ese complejo trayecto de la disciplina alcanza un momento extremadamente notorio cuando, en el final de la década de 1960 y especialmente en los años setenta, vemos revelarse tres movimientos más o menos contemporáneos, más o menos contradictorios, más o menos complementarios. Ese conjunto adquirió, en casi todas las interpretaciones de la historia del pensamiento geográfico, el nombre de *geografías de posguerra*.

La primera de las corrientes, la New Geography, nace en el contexto del neopositivismo, que insistía en la valorización de la ciencia como única forma válida de conocimiento. A diferencia del positivismo comteano, el actual sistema de ideas prestaba especial atención al lenguaje y a su análisis lógico; de allí también el nombre de positivismo lógico. En un mundo mecanizado y motorizado, inclusive en sus periferias, y que asistía a los albores de la informatización, la geografía parece abandonar sus históricos determinismos en la reflexión de las relaciones entre los hombres y el medio. Con base en los progresos de los instrumentos de trabajo y de las técnicas y en una sofisticada base lógico-matemática, la geografía se sumerge en la producción de modelos, en la cuantificación de las relaciones y en su comprobación. También denominada *geografía teórica* o *teorética*, el énfasis era puesto en la posibilidad de formular teorías, observar y describir regularidades, como la disposición espacial de las actividades humanas o de variables físicas. La descripción era, ahora, precisa, lo que significaba el fin de las definiciones verbales y el imperio de las definiciones operativas y mensurables, como la cantidad de precipitaciones, los grupos de edad o los umbrales de población urbana.

Su hegemonía en el mundo anglosajón fue significativa entre 1950 y 1970. Conocida por el epíteto de *cuantitativa* –que según Estébanez (1982, 1984) no le corresponde con exactitud–, esa corriente encarnó la vieja voluntad de la geografía por hacerse ciencia, superando el carácter ideográfico tan claramente revelado por Schaefer (1953) cuando decía que sin teoría no existen excepciones, todo es único. Entre tanto, su presencia

en Brasil fue también significativa. Fue fundada la Asociación de Geografía Teorética en Río Claro, la *Revista Brasileira de Geografia* en Río de Janeiro constituyó un importante vehículo de difusión de ideas y la Unión Geográfica Internacional creó en esa ciudad, en 1971, su Comisión de Métodos Cuantitativos.

Sus legados han adoptado diversas manifestaciones. Pero la tradición de formalización en geografía adquiere contornos destacados con el enorme esfuerzo de Brunet (1990, 119) en su propuesta de los coremas. Por medio de siete signos básicos, este autor busca expresar todas las organizaciones espaciales. Los coremas, defiende Scheibling (1994, 82), constituyen una forma de alfabeto que permite analizar y representar del espacio local en el sistema mundo. Una sofisticada semiología para un espacio geométrico.

Otro abordaje importante ha sido el de la geografía de la percepción y del comportamiento con su labor en la construcción de mapas mentales. Cada individuo desarrolla una manera de aprehender y evaluar el espacio. En consecuencia, el espacio no significa la misma cosa para todos; no existe una representación común y, por lo tanto, el comportamiento de una persona resulta de elecciones fundadas en su percepción del medio. Su científicidad queda garantizada, según sus defensores, porque las percepciones son consideradas datos objetivos. En Brasil, esta línea de reflexión e investigación también alcanzó madurez, sobre todo a partir de los trabajos de Livia de Oliveira.

A veces convergente, a veces divergente de la teoría de la percepción y del comportamiento, observamos otro marco importante a partir de la contribución de la fenomenología. Se busca una aproximación geográfica al paisaje, pues éste no es un dato objetivo, sino un dato subjetivo y vivido. Sylvie Rimbart y Armand Frémont han sido importantes exponentes. El paisaje es concebido como una composición mental que resulta de la selección y estructuración subjetiva, a partir de la información que provee el entorno y que orienta los comportamientos.

La tercera de las geografías de posguerra es la geografía radical o marxista, que en los Estados Unidos y en Europa obtuvo visibilidad sobre todo a partir de sus principales vehículos de difusión: *Antipode*, *Espace et Temps* y *Hérodote*. No obstante, es preciso destacar la geografía crítica brasileña y latinoamericana, que buscaba contestar al orden establecido, como dice Moraes (1983, 1990), y que se desarrolló a partir de centros como São Paulo, Pernambuco y Presidente Prudente. Dentro de las preocupaciones políticas que orientaban sus premisas podemos señalar la conquista de la justicia social, la transformación de la sociedad –que se haría también a partir de los saberes–, la solución de los problemas del Tercer Mundo y la denuncia del contenido ideológico de la ciencia y de su función de legitimación del orden injusto establecido, pues, en las palabras de Milton Santos (1978), el espacio es la morada del hombre, pero puede ser también su prisión.

Tales preocupaciones fueron acompañadas por cuestionamientos al método. Era preciso acabar con la ideología conservadora de la ciencia o, en otras palabras, era necesario hacer la crítica a la geografía analítica o cuantitativa. El espacio es un producto social y las relaciones espaciales no son otra cosa que manifestaciones de las relaciones sociales de clase sobre el espacio geográfico. Mediación entre el hombre y la naturaleza, la producción se hace con los instrumentos de trabajo y resulta de la división del trabajo. Ése es el objeto de la disciplina: la producción del espacio, el espacio como producto histórico y resultado del trabajo.

Cuestiones actuales y perspectivas de la geografía

No obstante, hoy una de las novedades más significativas tal vez sea el énfasis en los problemas particulares o, en otras palabras, el surgimiento de geografías recortadas, cuya definición adviene ora de concepciones limitadas de espacio –económico, antropológico,

cultural, turístico-, ora del mercado, ora de los propios instrumentos que permiten el análisis.

En un mundo donde la tecnociencia tiende a dominar el *ecumene* y los tecnicismos de diferentes naturalezas parecen imponerse como formas únicas de hacer, la importación de teorías y la autonomización de los instrumentos son fenómenos cotidianos. La actualización de nuestras teorías parece encontrar emboscadas en la seducción de los modelos teóricos extranjeros. Además, existe la cuestión de la visibilidad de una u otra geografía.

Entre tanto, en cada momento histórico esa visibilidad está determinada por un conjunto de variables diferentes o de fuerza diversa. En la geografía brasileña del siglo pasado y hasta 1960, la influencia francesa fue determinante, y la visibilidad se construyó sobre todo a partir de la presencia de grandes maestros en Brasil, que trabajaron tanto en la enseñanza como en la investigación, de la formación de discípulos en el país y en Francia y de la producción de grandes tratados, enciclopedias y manuales que eran resultado de investigaciones de campo. Eran tiempos de una formación y concepción enciclopedista, unificadora, totalizadora, que buscaba eliminar dualismos y fracturas en los campos del conocimiento.

Hoy, en la geografía brasileña, en la geografía latinoamericana, en la geografía “mundial”, la influencia anglosajona es notable; su visibilidad se funda en una profusión de publicaciones, especialmente en aquellas que alcanzan grandes tirajes, en el alto número de revistas especializadas y prestigiosas, en la asiduidad de los encuentros y congresos, en la participación en redes, grupos de trabajo y agendas y en la especialización de los asuntos.

En la actualidad, el mundo se caracteriza por la globalización de la economía, de la sociedad, de la política, de la cultura, de la técnica. Los actores principales son los agentes financieros, las firmas globales, las fundaciones, las grandes universidades extranjeras y ciertas ONG. En un contexto de redes materiales e inmateriales al servicio de ciertas necesidades de producción y circulación, propias de un mercado invasor que se conjuga con la

preeminencia del discurso y de la imagen, los imperativos de investigación tienden a ser específicos y egoístas.

En ese mundo, vemos descubrirse, *grosso modo*, dos geografías. Por un lado, una geografía que busca entender el mundo por el fragmento, una geografía con vocación para las cosas específicas a partir de ellas mismas. El motor es, a veces, el mercado, los nacionalismos o la xenofobia y, su deseo, la imposición de lenguas hegemónicas. El resultado es, con frecuencia, una ramificación extrema. Es el reino de las geografías particulares. Si Camille Vallaux (1923, 1929) tuviese hoy que escribir su libro sobre las geografías particulares, ellas serían, ciertamente, otras.

Por otro lado, una geografía más universalista busca fortalecerse. En ella podríamos reconocer dos vertientes: la primera, cuyo énfasis es la descripción, nos remite a su herencia francesa y la otra, más preocupada por dar relevancia a la búsqueda de conceptos clave. Éste es nuestro desafío.

En los días de hoy vivimos una gran paradoja. Cuando el planeta se tornó uno, produciendo una historia empíricamente universal (Santos 1984), somos convocados a especializaciones extremas. Es evidente que el mundo se volvió más complejo, hecho que autoriza una profusión de saberes específicos, pero las verdaderas situaciones explicativas desaconsejan rígidos recortes *a priori*, tantas veces responsables de la mutilación de los fenómenos.

Una vez más, Camille Vallaux (1923, 1929) nos enseña que la geografía no se satisface con la descripción: la geografía explica. Será más exacto decir que creer haber conquistado el derecho a la explicación es, de todas sus conquistas, la más brillante.

Sabiendo que la universalidad empírica (Santos 1984, 1996) es nuestra contemporánea y que, por lo tanto, debería ser el contenido de nuestra teoría actual, tal vez podamos apartar definitivamente aquella antigua división de la disciplina entre geografía general y geografía regional. No hay cómo comprender el mundo sin el lugar ni el lugar sin el mundo. Hoy, tiempo empírico y temporalidades

son los ejes para el análisis de todo el espacio, sea cual fuere su escala.

Del mismo modo, la producción de un espacio que es un medio técnico-científico-informacional, incorporando artificios a la naturaleza o a la forma de conocerla, nos permitiría, quizás, exorcizar otra fractura secular: geografía física y geografía humana.

Pero, ciertamente, la más importante de todas las trayectorias será la de comprender la naturaleza del espacio que es usado por toda la sociedad, por todos los actores, más allá de su fuerza, para elaborar un saber verdadero y útil, capaz de contribuir a la construcción de una sociedad más justa.

MARIA LAURA SILVEIRA: doctora en Geografía. Profesora en el Departamento de Geografía, Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas, Universidade de São Paulo. Investigadora del Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq). Avenida Professor Lineu Prestes, 338 Butantã, 05508-900, São Paulo-SP, Brasil. E-mail: laurasil@usp.br

Referencias

- Barrows, Harlan H. 1923. Geography as Human Ecology. *Annals of the Association of American Geographers* 13(1): 1-10.
- Benko, Georges. 1999. *A ciência regional*. Oeiras: Celta.
- Brunet, Roger. 1990. *Le déchiffrement du monde*. En Libro 1 de *Mondes nouveaux*, ed. Roger Brunet Olivier Dollfus. Vol. 1 de *Géographie Universelle*. Paris: Hachette/Reclus.
- Capel, Horacio. 1984. *Geografía humana y ciencias sociales: Una perspectiva histórica*. Barcelona: Montesinos.
- Estebanez, José (1982) 1984. *Tendencias y problemática actual de la geografía*. Madrid: Cincel.
- Febvre, Lucien. 1949. *La terre et l'évolution humaine: introduction géographique à l'histoire*. Paris: Albin Michel.
- Gallois, Lucien. 1908. *Regions naturelles et noms de pays*. Paris: Armand Colin.
- Gregory, Ken J. (1985) 1992. *A natureza da geografia física*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Hägerstrand, Torsten. 1962. The Propagation of Innovation Waves. En *Readings in Cultural Geography*, ed. Wagner P. y M. Mikesell, 355-368. Chicago: University of Chicago Press.
- Hartshorne, Richard (1966) 1972. *Propósitos e natureza da geografia*. São Paulo: Hucitec-Edusp.
- Hettner, Alfred. 2000. O sistema das ciências e o lugar da geografia. *Geographia* (Revista do Programa de Pós-Graduação em Geografia da UFF, Niterói) 2(3): 143-146.
- Humboldt, Alexander von. 1982. Cosmos: Ensayo de una descripción física del mundo. En *El pensamiento geográfico: Estudio interpretativo y antología de textos (de Humboldt a las tendencias radicales)*, ed. Josefina Gómez Mendoza, Julio Muñoz Jiménez y Nicolás Ortega Cantero, 159-167. Madrid: Alianza.
- Mackinder, Halford. 1982. El objeto y los métodos de la geografía. En *El pensamiento geográfico: Estudio interpretativo y antología de textos (de Humboldt a las tendencias radicales)*, ed. Josefina Gómez Mendoza, Julio Muñoz Jiménez y Nicolás Ortega Cantero, 204-216. Madrid: Alianza.
- Moraes, Antonio Carlos Robert. (1983) 1990. *Geografia: Pequena história crítica*. 9ª ed. São Paulo: Hucitec.
- Ratzel, Friedrich. 1990a. O homem e o ambiente. En *Ratzel*, ed. Antonio Carlos Robert Moraes, 54-72. São Paulo: Ática.
- Ratzel, Friedrich. 1990b. O povo e o seu território. En *Ratze*, ed. Antonio Carlos Robert Moraes, 73-82. São Paulo: Ática.
- Reclus, Élisée. 1985. A complexidade da produção do espaço geográfico. En *Élisée Reclus*, ed. Manuel Correia de Andrade, 56-60. São Paulo: Ática.
- Ritter, Karl. 1982. La organización del espacio en la superficie del globo y su función en el desarrollo histórico. En *El pensamiento geográfico: Estudio interpretativo y antología de textos (de Humboldt a las tendencias radicales)*, ed. Josefina

- Gómez Mendoza, Julio Muñoz Jiménez y Nicolás Ortega Cantero, 168-177. Madrid: Alianza.
- Rougerie, Gabriel y Nicolas Beroutchachvili. 1991. *Géosystèmes et paysages: Bilan et méthodes*. Paris: Armand Colin.
- Santos, Milton. 1978. *Por uma geografia nova: Da crítica da geografia a uma geografia crítica*. São Paulo: Hucitec.
- _____. 1984. A geografia e a nova dimensão do planeta. *Rev. Bras. Tecnol.* 15(5).
- _____. 1996. *A natureza do espaço: Técnica e tempo. Razão e emoção*. São Paulo: Hucitec.
- Sauer, Carl O. 2000. Geografia cultural. En *Geografia cultural: Um século* (1), ed. Roberto Lobato Corrêa y Zeny Rosendahl, 99-110. Rio de Janeiro: Eduerj.
- Schaefer, Fred K. 1953. Exceptionalism in Geography: A Methodological Examination. *Annals of American Geographers* 43: 226-249.
- Scheibling, Jacques. 1994. *Qu' est-ce que la géographie?* Paris: Hachette.
- Vallaux, Camille (1923) 1929. *Les sciences géographiques*. Paris: s.e.
- Varenio, Bernhard. 1974. *Geografía general (en la que se explican las propiedades generales de la Tierra)*. Ed. Horacio Capel Sáez. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Vidal de La Blache, Paul (1922) 1954. *Principios de geografia humana*. Lisboa: Cosmos.
- _____. 1999. Quadro da geografia da França. *Geographia* (Revista do Programa de Pós-Graduação em Geografia da UFF, Niterói) 1(1): 141-145.

Bibliografía

- Broek, Jan O. M. *Iniciação ao estudo da geografia*. 2ª ed. Rio de Janeiro: Zahar, 1972.
- Claval, Paul. *Histoire de la géographie*. Paris: PUF, 1995.
- De Martonne, Emmanuel. *Noções gerais (da Introdução do Traité de géographie physique)*. En *Panorama da geografia*, ed. V. M. Godinho. Vol. 1. Lisboa: Cosmos, 1953.
- Lencioni, Sandra. *Região e geografia*. São Paulo: Edusp, 1999.
- Sposito, Eliseu Savério. *Geografia e filosofia: Contribuição para o ensino do pensamento* São Paulo: UNESP, 2004.